

El infierno de las relaciones tóxicas

Abrí los ojos y me encontré en una nueva mañana, bañada por la luz del sol que se colaba a través de mis persianas. Sabía que tenía que levantarme y prepararme para ir a la universidad, pero un sentimiento familiar y abrumador se apoderó de mí. Ese tumor imaginario en mi ser, que me consumía día a día y que no podía sacar. Recuerdo haber leído que una persona con ansiedad es como ese juego del globo siempre a punto de estrellarse contra el suelo. Según un estudio, las personas con ansiedad viven dentro de ese juego, tan solo imaginar a alguien todos los días levantándose, estudiando, trabajando, leyendo, etc., con la carga de no permitir que el globo caiga al piso, me resultaba frustrante, todas las tareas cotidianas se volvían más difíciles y desgastantes. Sin embargo, ese juego me acompañaba siempre.

No obstante, reflexionar sobre esa situación una y otra vez, y seguir aferrándome a la idea de ser una víctima ya no tenía sentido. Aunque, en realidad, lo era. Solo que tenía la capacidad de liberarme cuando quisiera; pero, inexplicablemente, elegía quedarme atrapada en esa telaraña tóxica. Con un suspiro resignado, tomé mi celular y escribí: "Buenos días, amor". Ya se había convertido en una especie de obligación diaria, desprovista de cualquier genuina emoción o placer. Casi de inmediato, recibí su respuesta: "Hola amor, ¿Cuándo nos vemos?". Era asombroso cómo esa simple pregunta lograba generar en mí una gran dosis de estrés. Lo detestaba. Verlo significaba enfrentar más reproches, más insultos y más pérdida de tiempo. Era un círculo vicioso de estrés y desgaste emocional. Parecía que él solo conocía esa inane interrogante de querer encontrarse físicamente, sin mostrar el más mínimo interés real en mí o en cómo me sentía. Su mundo giraba únicamente en torno a él, y yo solo era relevante en la medida en que estuviera dispuesta a hacer lo que él quisiera.

— Buenos días, hija, ya es tarde —escuché decir a mi madre desde la planta baja.

— ¡Está bien, mamá! ¡Ya bajo! —respondí apresurada, mientras terminaba de arreglarme.

Desayuné apresuradamente y me dirigí hacia la universidad. En ese lugar, había encontrado refugio, un respiro de paz en medio de mi turbulenta realidad. Estar rodeada de mis amigas, tumbarnos en el césped para charlar sobre cualquier cosa o sumergirme en la biblioteca para avanzar en mis trabajos, todo eso me permitía escapar, al menos temporalmente. Sin embargo, a pesar de estar físicamente lejos, esa persona seguía presente en mi vida. Me escribía, me llamaba, lograba sacarme de quicio. Era sorprendente la cantidad de agotamiento y daño emocional que podía infligirme. Ahora comprendía la complejidad de abandonar un lugar donde una vez fuiste amada o al menos donde existieron pequeños momentos de felicidad. Aferrarme a esos destellos de alegría podía cegarme ante todo el mal y el daño que esa persona me causaba; pero más perturbador aún era la dependencia que generaba.

— Lara, ¿Estás bien? —me preguntó mi amiga preocupada.

— Sí, sí, últimamente me estoy perdiendo mucho en mis pensamientos —respondí tratando de disimular.

— ¿Está todo bien con...? —indagó con delicadeza.

— Sí, sí, no te preocupes —mentí.

— Amiga, ¿has considerado terminar con él? A ninguno de nosotros nos cae bien; está claro que mereces mucho más. Además, estamos aquí para ayudarte, ya lo sabes —propuso mi amiga, intentando mostrarme su apoyo, cosa que no quería y nunca solicité.

— Pero ustedes solo conocen lo malo, no todas las cosas bonitas que tenemos en realidad. Sé que, si lo conocieran mejor, tal vez no les caería tan mal. Solo tienen que dejar de ser tan duros —intenté justificarlo.

— Ya basta, Lara. Te estás engañando a ti misma. No hay peor ciego que el que no quiere ver —concluyó mi amiga con frustración en su voz.

Claro que ella tenía razón, no sé qué esperaba para salir de allí. Me dirigí a mi casa y, en el camino, revisaba mi celular, había miles de mensajes de esa persona, reclamándome por qué no le contestaba, que si mañana podía ir a mi casa, que soy mala, la peor novia e infinidad de cosas hirientes. Y allí estaba yo, toda tonta pidiéndole perdón.

—Hola mamá, ¿Cómo estás? ¿Todo bien? —la saludé con voz cansada.

— Estuviste llorando —notó de inmediato, preocupada por mi estado emocional.

— Sí, solo ando un poco frustrada por los trabajos —admití, dejando escapar un suspiro de desahogo.

Subí a mi habitación y de pronto sonó el teléfono. Era él llamándome; me puse nerviosa, lo peor era que me llame, porque significaban más peleas.

— Hola amor, dime —susurré con voz suave, tratando de mantener la calma.

— ¿Cuándo nos vamos a ver, Lara? Siempre es lo mismo contigo. Estoy cansado de ti y de tus estudios —replicó él con tono frustrado.

— Amor, mañana no puedo. Ya te lo dije, tengo un examen importante para la próxima semana —respondí con cierta ansiedad en mi voz, anticipando su reacción.

— ¡Ya, pero ¿Cuándo te veo? Tengo amigos que se ven con sus novias todos los días. Además, siento que no me incluyes en tus planes. Siempre estás con tus amigas estudiando. No sé, me tienes harto — expresó con resentimiento y amargura.

— Amor, por favor, trata de entender que no siempre puedo estar disponible. El ciclo está llegando a su fin y tengo que entregar trabajos finales y cumplir con mis responsabilidades académicas —intenté explicar con una mezcla de tristeza y frustración.

— ¡Ya! ¡Me avisas cuando puedas entonces! —exclamó con impaciencia, dejando claro su descontento antes de cortar abruptamente la llamada.

Rompí en llanto, es que tal vez yo soy el problema, pensé, o tal vez lo exageré, después de todo, él es mi novio y debería dedicarle tiempo de calidad. Algo característico en él era hacerme creer que yo era el problema o estaba equivocada, no sé si era un tipo de manipulación o tenía razón. Fui

reflexionando en todo ello, mientras miraba el techo de mi cuarto y sin darme cuenta fui quedándome dormida.

Cuando desperté suavemente de un sueño profundo, al abrir los ojos, me encontré con la imagen de mi propio cuerpo descansando en la cama. Al observarme, vi reflejada en mi rostro una expresión de cansancio, con ojeras profundas y los ojos hinchados, probablemente por las largas horas de llanto. Aunque el agotamiento de los trabajos era evidente, sabía que había algo más detrás de mi aspecto desolador. Un escalofrío recorrió mi columna mientras una oleada de temor se apoderaba de mí. ¿Había muerto acaso? ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Acaso él había sido responsable de mi desgracia? Llenándome de dudas y confusión, me aventuré a caminar por mi hogar, pero mi visión era borrosa.

Pensé que tal vez era una especie de sueño; había leído en revistas, sobre este tipo de sueños lúcidos. ¿Y si intentaba hablar conmigo misma? Quizás podría lograr despertar o, en todo caso, confirmar mi posible muerte. Pero fue en vano, mi cuerpo permanencia inmóvil y no daba respuesta alguna.

Con la esperanza de encontrar una respuesta, luché por despertar, anhelando romper las cadenas de la somnolencia y regresar a la realidad que conocía. Nada, creí que tal vez mi alma se había salido y empecé a recostarme encima de mi cuerpo e incluso golpearme contra él. Toda esta escena resultó un poco graciosa, es que nunca me imaginé en esta situación y aunque lo más probable era que haya muerto, me sentía en paz, como si todos mis problemas se hubieran puesto en pausa.

De pronto una bella luz se asomó por mi cuarto y dije en voz alta “bueno ahora sí queda claro que estoy tiesa”, ya era mi fin, había fallecido. Pero, ¿cómo? Empecé a subir las escaleras, todo era muy hermoso, blanco como la nieve y llegué a lo que muchos conocíamos como el cielo. Todo el ambiente era muy alegre, las personas se veían realmente tranquilas, todos sonreían. Había lagunas bordeando el lugar y flores que jamás había visto en mi vida. Sin embargo, mi madre estaba en mente, realmente la extrañaría; pero, sobre todo, me preocupaba, siempre habíamos sido las dos, y no quería, ni imaginarme el dolor que sentiría.

— Hola Lara —se dirigió ante mí una bella niña, muy parecida a un ángel.

— ¿Quién eres tú?

— Es complicado de explicar —respondió con un hilo en la voz.

— No entiendo muy bien que fue lo que sucedió ni recuerdo si mo... —me interrumpió antes que terminara.

— ¡No!, esa palabra no la digas, pues es muy subjetiva —dijo un poco alarmada.

— Está bien, pero... —fui interrumpida de nuevo.

— Qué tal si mejor conoces el lugar, ya luego, tal vez entiendas un poco mejor que haces aquí y cuál es tu propósito —dijo intentando convencerme.

De repente, me hallé tumbada en la cálida arena, cerca de las orillas de un río. Mis ojos se deleitaban con la belleza que me rodeaba, la gente era realmente amable y alegre, sobre todo, unas bellas ancianas que estaban conmigo. Era increíble lo mucho que les gustaba hablarme y hacerme

preguntas; estaba tan bien en aquel lugar, realmente me sentía querida y amada. Después de todo lo vivido, mi relación tóxica, todo aquello que cargaba mi ser de una manera abismal, ya no estaba, me encantaba el lugar y tenía tantas ideas y cosas por hacer.

Cuando en eso, la curiosidad me ganó y empecé a caminar por donde nadie iba, el ambiente era cargado y, mientras avanzaba, más oscuro se iba poniendo; quería volver, pero al mismo tiempo la curiosidad no me permitía parar y un límite entre lo que conocemos como cielo e infierno se hizo presente.

— ¿Qué es esto? —dije en voz alta, pero sabía la respuesta. De pronto me acerqué más y más.

— Hola bella muchacha —escuché decir a un joven de casi mi edad.

— ¡Qué te sucede! ¡Casi me da un infarto! —le respondí enojada.

— Lo siento, no fue mi intención, pero, bueno, qué hace un bello ángel como tú por aquí ¿Sí sabes que está prohibido, no? —preguntó de forma coqueta.

Era un chico, a decir verdad, muy apuesto, tenía unos ojos tan negros que incluso se me dificultaba verle las pupilas o el iris de esos bellos y misteriosos ojos; tenía heridas sutiles en los brazos y el rostro, lo cual le daba un aspecto terriblemente apuesto, pero al mismo tiempo generaba miedo y alerta.

— No, no sabía que está prohibido, tú, ¿tú estás en el infierno? —pregunte dudosa, después de todo, él pertenecía a un lugar donde estaban las peores personas del universo.

— ¿Pues creo que es clara la respuesta, no? —dijo directo con cierta tristeza.

— Y, ¿no has intentado pasar del otro lado? —pregunté curiosa.

— Ves estas heridas, bueno, eso sucede cuando intentas cruzar —me mostró sus brazos.

— Pero, tú no te ves malo, que hiciste para terminar allí —pregunté cada vez más curiosa.

— Fui un chico malo, pero créeme que me encuentro arrepentido y ya cambié, incluso vivo aquí en el límite donde nadie viene, porque odio este lugar, lleno de gente cruel y despiadada, lo que ellos hicieron no es nada comparado a lo mío, es decir, ojalá pudiera cambiar algo de mi pasado, pero cuando llegas a este punto, no hay vuelta atrás —respondió.

— De verdad lo siento mucho, tal vez si hablo con alguien del otro lado —propuse.

— Ni lo pienses, decir que estuviste por aquí, es condenarte a donde estoy yo —me miró preocupado.

— Pues, gracias por pensar en ello —respondí preocupada.

—Y bueno, ahora es tu turno, como una chica tan linda y joven termino aquí —sonrió dirigiéndose hacia mí.

— Yo la verdad no recuerdo cómo llegué ni por qué, todo ha sido muy... —comencé a hablarle de la situación, era muy dulce verlo prestarme atención.

Sin darme cuenta, me encontraba todos los días yendo y las risas entre ese chico y yo, no pararon. Casi al límite de la notable barrera que nos separaba, y después de algunas semanas, y en medio de una charla profunda me confesó:

— Lara, estoy enamorado de ti —me dijo serio y curioso buscando mi mirada.

— Yo, yo también pero, ¿es en vano cierto? —dije algo triste.

— Solo sé que deseo estar a tu lado por toda la eternidad. Te prometo que mi amor y respeto hacia ti serán inquebrantables. Eres mi fiel compañera, después de tantos años de soledad. Cada minuto que comparto contigo parece volar y desearía encontrar la forma de convencerte de que mi amor es exclusivamente tuyo. Así que, por favor, permíteme amarte y demostrarte que cada latido de mi negro corazón es para ti. Juntos, escribiremos nuestra propia historia de amor, una historia llena de pasión, pero sobre todo mucha complicidad y secreto, lo dijo mientras me miraba serio y parecía dudar sobre algo.

Y sin poder creerlo, vi como retiro su cabeza del otro extremo a darme un beso suave y rápido, que logro herirme por el notable cambio de temperatura. Lo vi fijamente a los ojos, él también se había hecho daño, y por un impulso del momento cruce al otro lado. Nada me dolía, no me había hecho daño atravesar la barrera, pero eso no fue lo sorprendente, sino que, en el momento en el que yo salí del cielo, él salió del infierno.

— ¿Qué? ¿Qué fue lo que sucedió? —pregunté angustiada.

— ¡Eres una ingenua niña, capaz de abandonar todo el paraíso y oportunidades que tienes, por un hombre que para colmo sabías que era malo! —dijo en tono de burla.

— ¡Basta! ¡No juegues de ese modo! ¿Por qué estás del otro lado y yo...? —respondí agitada y preocupada.

— Existe un mito que algunos consideran absurdo y es que lo es, porque nadie se atrevió a arriesgarse hasta el día de hoy. Un mito en el que se dice que aquellos que están de tu lado, tienen el poder de rescatar a alguien de los confines más oscuros. Sin embargo, una vez que han cruzado esa barrera, no pueden regresar por el mismo camino, respondió.

— ¡No me dejes aquí, por favor! —grité, pero no por enojo, sino por miedo.

— Lara, créeme que eres una chica especial, toda la atención que te brindé e incluso el beso, surgieron de mi corazón, que de verdad no pensé que llegara a sentir; pero no puedo mentirte, ahora ya no tendría sentido, el amor que te tenía, era muy pequeño a comparación de lo que deseaba conseguir de ti, por eso no me detuve —dijo serio.

Se agachó cerca de mí y me miró a los ojos.

— Pudiste tener a todo chico que quisieras de tu lado, tener una vida feliz; sin embargo, mira donde estás porque tú misma lo decidiste —dijo serio. Pero el discurso era algo raro, pues parecía más una lección para un futuro, aunque ya no había un futuro para mí, ¿o sí?

Y sin nada más que decir, se fue. Rompí en llanto. Me había dejado engañar por unas muestras de afecto tan débiles y palabras que al final no significaron nada tras su acción. Me recosté con los ojos llorosos y recordé que ya había estado en esta situación anteriormente; qué tan tonta se tenía que ser para cometer este error dos veces, si tan solo me dieran la posibilidad de volver, de reparar mis errores.

Y allí, echada en aquel lugar en voz alta y entre lágrimas, grité: ¡Ojalá muriera de nuevo!

Y me di cuenta de que había dicho la palabra prohibida, de pronto todo empezó a desvanecerse y terminé sola en un tipo de cuarto oscuro con la bella niña que me había recibido, guiándome a lo que parecía una puerta. Al abrirla, la luz fue tan fuerte que tuve que cerrar enérgicamente los ojos. Sin embargo, reconocí la voz de aquella bella niña diciéndome:

Espero que, con todo ello, aprendas a disfrutar de tu bello cielo, Lara.

Y cuando, finalmente, logré abrir mis ojos, me encontré de nuevo en mi cama, en mi querido y familiar cuarto. El entorno era exactamente como lo recordaba, incluso mis bellas fotos de Selena Gómez seguían en la pared. Todo parecía indicar que había sido solo un sueño, una creación de mi propio subconsciente.

Bajé corriendo las escaleras y abracé a mi madre, lloré como nunca cuando sentí su dulce amor y apoyo. Le conté todo sobre mi relación, me sentí protegida y segura. A partir de ahora todo mejoraría, agarré mi celular, estaba lleno de mensajes de él reclamándome, ni los leí, de frente tecleé: “Tengo metas y sueños. No quiero saber más de ti, tú solo me adentrabas a una clase de infierno”.